

*Las Aventuras de*

# *Antú y Solsiré*

*...juntas volamos más alto y más lejos*

A stylized illustration of a landscape. In the foreground, there are several palm trees of varying heights and widths, rendered in dark grey. The ground is a light blue-grey color with some small, spiky plants. In the background, there are rolling hills of the same color. The sky is white. The overall style is simple and modern.

*Las Aventuras de*

# *Antú y Solsiré*

*...juntas volamos más alto y más lejos*



GUÍAS Y SCOUTS  
DE CHILE

Av. República 97, Santiago, Chile  
Código postal 8370040  
Tel. +56 2 2689 900 +56 2 267 0996 +56 2 267 9166  
comunicaciones@guiasyscoutschile.cl  
www.guiasyscoutsdechile.cl

### **Comisión Nacional Golondrinas**

Escrito por Temo J. Salinas  
Ilustrado por Estefani Bravo  
Diseño editorial: Meilin Gim  
Editado por Macarena Bascour, Alberto Del Brutto,  
Meilin Gim, Gerardo González, Temo J. Salinas.  
Enero 2017



“Las Aventuras de Antú y Solsiré” fue aprobado por la Comisión de Educación de Guías y Scouts de Chile (COMEDUC) en su sesión celebrada el 22 de diciembre de 2016, con el propósito de ser un apoyo a la aplicación del Marco Simbólico de la Rama Golondrinas. Ha recibido la calificación de publicación oficial, según lo establecido en el artículo 114, letra d), del Reglamento de la Asociación de Guías y Scouts de Chile.

Todos los derechos reservados.  
Prohibida su reproducción parcial o total  
sin autorización previa de Guías y Scouts de Chile

# Índice

1. Bienvenida primavera.....	6	16. Las aventuras marinas de Cotí.....	46
2. El nacimiento de Solsiré.....	10	17. ¡Más golondrinas!.....	50
3. El primer vuelo.....	12	18. Las Migraciones.....	52
4. Una invitación especial.....	14	19. Solsiré está en peligro.....	56
5. No eres un pato.....	17	20. De campamento con Arimatú.....	61
6. Te atrapé.....	20	21. Por un mundo mejor.....	64
7. Luces en el Valle.....	22	22. Sinchi, la flamenca valiente.....	66
8. Un lugar especial.....	25	23. La Trinada.....	71
9. El Nido.....	28	24. ...A la mañana siguiente.....	73
10. Azurina y sus amigos.....	31	25. El hermano Francisco y el lobo.....	76
11. Nuevas amigas.....	34	26. La partida de Jaquim.....	79
12. La historia se repite.....	36	27. ¿Una nueva líder de la Bandada?.....	82
13. Siempre Mejor.....	38	28. La Fiesta de la Cosecha.....	85
14. Más preguntas que respuestas.....	40	29. Adiós amigas voladoras.....	88
15. Del otro lado del Río.....	43	30. El gran final ¿o un nuevo comienzo?.....	92

# Agradecimientos

Para recontar esta historia tuvimos que usar nuestra imaginación, abrir nuestros ojos y oídos a todas las Golondrinas de Chile y aprender a ver todo con ojos nuevos.

Fue un proceso que nos costó más de lo que esperábamos, pero que hoy por fin vemos sus frutos.

En primer lugar quiero dar las gracias al equipo donde se inició la idea, la Comisión Nacional Golondrinas, a cada una de sus miembros actuales y a las que han pasado por ella. Han sido un gran aporte a los más de 20 años que tiene nuestra Rama.

Hay que destacar la hermosa labor de Temo J. Salinas quien de manera totalmente desinteresada aceptó el desafío de unir todas nuestras ideas en un texto y aprender del “*mundo golo*”.

Agradecer al Equipo de Edición quienes se comprometieron con el proyecto y dieron muchas de sus horas y compromiso para que lo lográramos.

Finalmente quiero agradecer a la Bandada Santa Luisa de Marillac, mi Bandada. En donde aprendí a conocer y amar el Movimiento Guía y Scout, ahí llegué cuando era una niña de 8 años y luego volví como guiadora a conocer el Mundo de Antú y Solsiré. Por supuesto que esa experiencia me ha motivado a que hoy presentemos este libro y que a diario me proponga ser **Siempre Mejor**.

Buenos y excelentes viajes >>>



Meilin Gim K.

Comisionada Nacional  
Rama Golondrinas  
**Guías y Scouts de Chile**



*Para ser parte de esta historia  
debemos usar nuestra imaginación  
y remontarnos a los bosques sureños  
en las faldas de la Cordillera de Los Andes.*

*Bajando entre las montañas,  
el Río Cristalino, predilecto de un sinnúmero de animales,  
da vida a la flora silvestre y los cultivos del Valle.*

*Cada año las golondrinas regresan a su hogar  
después de un gran viaje en el que escapan del frío.*

*Allí también se asienta un pueblo  
donde vive una curiosa y alegre niña de 8 años.*

**Antú** es su nombre  
y su cabellera color negro azabache  
refleja destellos azules bajo el sol.



# 1. Bienvenida Primavera



**A**ntú vivía cerca de los bosques del sur, rodeada de altos árboles que dejaban pasar un poco de luz entre sus hojas. El río Cristalino que nacía en las montañas atravesaba el corazón del bosque y llegaba hasta el valle, dando vida a todo lo que allí habitaba. En ese lugar vivían pequeños animales y aves de diferentes colores que de vez en vez visitaban el valle alegrando a los niños. Antú disfrutaba salir de excursión, pero sabía que tenía prohibido atravesar el río porque del otro lado había peligros que no debía enfrentar.

Un día, a comienzos de septiembre, mientras Antú paseaba, algo llamó su atención: una pequeña ave con el plumaje del mismo color que su cabello pasó volando cerca de ella. La curiosa niña la siguió para descubrir a dónde iba. En un momento el pajarito descendió rápidamente, y Antú creyó que iba a estrellarse contra el suelo, pero en vez de eso cazó un diminuto insecto volador. “¡Qué hábil!” pensó.

Antú quedó asombrada por su nuevo descubrimiento. Regresó muy aprisa del bosque a buscar a Arimatú, la sabia del pueblo, para contarle lo que había visto. Antú la quería mucho y le gustaba escuchar las historias que relataba. Sus favoritas eran las que se trataban de animales valientes y bondadosos. Siempre alentaba a Antú a observar la naturaleza y aprender de ella, es por eso que quería contarle de su hallazgo.



—¡Arimatú!, ¡Arimatú! —gritó emocionada al verla. Después de escuchar la descripción del ave, la sabia del pueblo dibujó una sonrisa en su rostro.

—Es la Golondrina Bienvenida. La Golondrina Bienvenida anuncia la llegada de la primavera: los días se vuelven más cálidos y comienzan

a alargarse, el valle reverdece, las montañas se pintan del color de las flores que abren sus capullos y muchos animales tienen a sus crías.

Arimatú le dijo a Antú que las Golondrinas Bienvenidas representan cambios, tiempos nuevos después del frío invierno.



—También es tiempo de prepararse para la cosecha. Fue un año difícil, de poca lluvia, pero el que siembra escasamente, escasamente cosechará y el que siembra en abundancia, en abundancia cosechará —dijo Arimatú, mientras se alejaba con las manos atrás y la cabeza gacha.

Días después, Antú regresó al bosque donde vio a la golondrina y al llegar se dio cuenta que había ya muchas más. Eligió seguir a una que volaba rápidamente y, ayudada con su Intiqhana, llegó hasta las afueras del pueblo.

No había notado lo pequeña que era la avecita mientras volaba, pero cuando ésta se detuvo,

se dio cuenta que podía caber en la palma de su mano. Lo que más le llamó la atención era su cola con forma de V. Nunca había visto nada igual, pero recordó que Arimatú le dijo que las colas de las golondrinas eran ahorquilladas, es decir, con dos puntas.

“¿A dónde irá esta pequeña?” se preguntaba Antú. Continuó siguiéndola mientras volaba por el pueblo hasta que se detuvo fuera de la cabaña de Arimatú. Con mucho sigilo, se acercó para ver qué hacía la avecita, ¡y descubrió su nido! Allí había varios huevos pequeñitos y su guardiana los acomodaba con cuidado.

“¿Cuándo nacerán los pichones?”, pensó Antú.

## 2. El nacimiento de Solsiré



Un día, Solsiré escuchó más alboroto que de costumbre.

—¿Hay alguien allá afuera?—gritó, pero no obtuvo respuesta. Empezó a buscar la forma de salir hasta que pudo ver una luz muy tenue por dentro del cascarón y, con mucho esfuerzo, logró romperlo con su pico. La luz no la dejó ver por unos momentos, pero poco a poco todo fue volviéndose más nítido.

—¡Hola! Te estaba esperando, eres la segunda—dijo Lina, que había nacido unos minutos antes. Tenía unas cuantas plumas, pero se veía muy despeinada.

—Qué graciosa te ves—contestó Solsiré a su hermana, después de reírse amablemente.

—¡Pero tú te ves igual que yo!—Y las risas de las dos se convirtieron en carcajadas.

En medio de la algarabía, se dieron cuenta que había otros huevos.

—¿Qué es eso?—preguntó Solsiré.

Lina le explicó a su hermana menor que de uno como esos había nacido ella y que era probable que dentro de los otros hubiera dos pichones más. Así que decidieron animarlos.

—¡Vamos, salgan! ¡Todavía no han nacido y ya están atrasados! ¡Acá afuera hay muchos colores! ¡Tienen que ver todo esto!

En pocos minutos, nacieron Manú (un pichón macho) y Peti Peti (otra hembra). Estando ya los cuatro Pichones de la nidada llegó volando Ayeka, su madre, con unas ramitas en su pico. La golondrina empezó a limpiar y ordenar las pocas plumas que tenían los recién nacidos. Poco después llegó Kazé, su padre, con algunos insectos.

Emocionados, los padres nombraron a los Pichones,

y mientras Ayeka intentaba darles de comer, Kazé salió a buscar lodo para reforzar el nido.

—¿Qué es eso que se mueve?—preguntó asustada Peti Peti, la menor de la nidada.

—Son insectos, es hora de comer—contestó Ayeka mientras los acercaba a los Pichones.

—¡Todavía se mueven!—Peti Peti continuó impresionada.

—Para volar hay que estar sano y ser fuerte—le respondió Ayeka amablemente.

Entonces, Manú saltó con rapidez desde la parte de atrás del nido y se comió el primer insecto, dando confianza a sus hermanas para probarlos también.

Ayeka, organizada y preocupada por el bienestar de los Pichones, continuaba alimentándolos y con el paso de los días les repetía la misma frase: “para volar hay que estar sano y ser fuerte”.



# 3. El Primer Vuelo

Cada vez que Ayeka y Kazé estaban fuera buscando alimento o materiales, la curiosidad de Solsiré la llevaba a la orilla del nido. Le gustaba observar lo que pasaba allá abajo. “Con ingenio se puede hacer cualquier cosa. ¡Hasta volar!” le decía Lina. Pero cuando Ayeka llegaba, le decía que tuviera cuidado porque podría caerse.

—¿Cuándo podré volar?— preguntó Solsiré a su papá en una ocasión.

—Los Pichones como tú tienen que crecer y desarrollarse antes de empezar a volar—dijo Kazé—. Una vez llegado el momento comenzarás a hacer tus primeros vuelos, y con el resto de las Aprendices desarrollarás

habilidades. Después de mucho practicar, las golondrinas deben ser capaces de realizar travesías muy largas: Viajeras se llaman. Finalmente te convertirás en Guía de Vuelo y ayudarás en sus viajes al resto de las golondrinas. Hay que aprender a disfrutar cada etapa.

A unas semanas de su nacimiento, Solsiré sintió que ya estaba lista para volar. Al principio extendió las alas, creyendo que era lo único que bastaba, pero no pasó nada. “Una golondrina no se rinde al primer intento”, pensó mientras esperaba que se le ocurriera otra idea. Entonces, empezó a dar algunos pequeños saltos con las alas extendidas— Parece que no vas a aprender a volar, sino a bailar—dijo Peti Peti con tono

burlón. Pero ella, aunque creía que hacía el ridículo, no desistió.

Kazé observaba en silencio todo lo que acontecía. Solsiré comenzaba a desesperarse por no poder volar.

Su padre se acercó sin que ninguno de los otros hermanos se diera cuenta y le susurró— la fuerza no vence a la fuerza; busca la calma y te harás fuerte. —Entonces, la Pichón se quedó quieta, cerró los ojos y desplegó sus alas, una suave brisa la empujó. Ella perdió el equilibrio y cayó al vacío. Entonces agitó las alas lo más rápido posible...

—¡Estoy volando!—exclamó Solsiré, mientras se elevaba en el cielo azul trazando por primera vez su camino hacia el sol.



## 4. Una invitación especial

La primavera había llegado a todos los rincones del Valle. Aunque las mañanas eran todavía un poco frescas, Antú se levantó temprano para terminar sus tareas caseras lo más pronto posible. Ella disfrutaba los sábados y domingos aprendiendo lo que le enseñaba Kuyén, su madre, que era una artesana grandiosa: sabía utilizar muchas herramientas y aprovechaba objetos que otros consideraban deshechos para construir cosas magníficas. “Con ingenio se puede hacer cualquier cosa. ¡Hasta volar!” solía decirle a Antú.

Unos meses atrás, mientras las dos paseaban por el bosque, encontraron una gran rama de arrayán en el suelo.

—Llevaremos esto para que hagas un bastón—dijo su mamá. Kuyén se llevó la rama a casa y enseñó a Antú a usar sus herramientas para que hiciera su Intiqhana. Desde ese momento Antú no sale de excursión sin ella.



Con la cosecha, las labores en casa aumentaban, así que Antú pasaba parte del día ayudando a sus papás. “Primero el deber, luego la diversión” le decía Newén, su padre. Pero ese día, ella terminó lo más pronto posible para mostrarle a sus amigas el nido que había descubierto.

Se encontró con Inka y Adkalén atrás de la cabaña de Arimatú.

—¡Miren! ¡Allá, arriba de la ventana! —dijo Antú a sus amigas. De repente, la ventana se abrió.

—Niñas, ¿a qué están jugando? —preguntó Arimatú, con la ternura característica de su voz.

Vio a Inka con cara curiosa, tratando de alcanzar a mirar lo que había arriba de la ventana.



—¡Descubrieron a mis visitas voladoras! —exclamó Arimatú. La sabia les explicó que estas golondrinas venían cada año y anidaban allí. Sus “visitas voladoras” acostumbraba decirles. En eso, llegó una de ellas con unas pajitas en su pico.

—Son muy inteligentes y aprovechan al máximo lo que les ofrece la naturaleza —dijo Antú.

—Y muy valientes —prosiguió Arimatú—. A pesar de su tamaño, no tienen miedo de enfrentar difíciles obstáculos todos los días.

Apenas terminó de decir eso, una pequeña golondrina salió volando.

—Es una golondrina Aprendiz —dijo Antú emocionada, mientras corrían tras ella. Arimatú, sonriendo, pero un tanto pensativa, cerró la ventana.

Siguieron a la avecita hasta salir del pueblo. En el camino, las niñas se dieron cuenta que su vuelo era un poco errático. Llegaron al Río Cristalino, cuando de repente la pequeña golondrina empezó a subir y bajar torpemente, sin rumbo fijo. A las niñas les causó gracia al principio, pero cuando cayó al agua se preocuparon.

—¡Un caballo se acerca a la golondrina! —gritaron las tres asustadas.



## 5. No eres un pato

**T**e veo en problemas, ¿necesitas ayuda?—le preguntó el caballo a Solsiré. La golondrina no podía hablar tratando de salir del agua. Entonces la potrilla se acercó y la sacó amablemente del Río.

—Gracias, parece que mis plumas se vuelven muy pesadas cuando se mojan.

—Debes tener más cuidado, el Río puede ser peligroso y tus plumas no sirven para nadar. No eres un pato, pequeña.

Solsiré no entendió lo que le dijo porque nunca había visto un pato, pero le agradeció la ayuda. Mientras se secaba al sol, la potrilla se presentó.—Me llamo Raz—dijo.

La pequeña golondrina, después de decirle su nombre, narró a la potrilla su odisea desde el nido hasta que terminó toda mojada.



—Cuando llegué al Río el viento hizo que me descontrolara y empecé a zigzaguear sin rumbo fijo. Luego vi una golondrina igual a mí y traté de alcanzarla, pero ella empezó a volar hacia donde yo estaba y ya no me pude detener. Creo que choqué con ella, ¿la pudiste ver? ¿Se hizo algún daño?

Raz rió sin parar. — Ese era tu reflejo, y si te asomas al Río, verás que sigue allí —le dijo.

Solsiré quedó impresionada con la risa de la potrilla. Además, nunca había visto un animal de ese tamaño, mucho más grande que sus papás.

—¡Eres enorme! —exclamó Solsiré.

—Solo soy una potrilla, pero si como saludable y hago ejercicio, voy a crecer fuerte y sana, como mi mamá. Mi papá me cuenta de cuando la conoció en la trilla en el Valle Central, era la yegua más bella de todas. Mi mamá dice que solo elegían a las más fuertes para trabajar allí. Yo por eso como muy balanceado: pasto, granos, frutas, vegetales... y maquis, ¡me encantan los maquis! Mamá siempre dice “tu cuerpo es tu responsabilidad, por eso tienes que cuidarlo”.

Solsiré recordó las palabras que Ayeka siempre repetía antes de comer: “para volar hay que estar sano y fuerte”.

—Algún día yo también me pareceré a las golondrinas mayores.

De pronto, Solsiré escuchó un chillido que la dejó helada.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó la golondrina mientras veía una sombra en el Río con una forma parecida a la suya, pero más grande.

—Es Ñancú. Su nido está justo cruzando el Río. Será mejor que no te acerques.



# 6. Te atrapé

Pasado el susto provocado por el chillido de Ñancú, Solsiré se asomó al agua para ver su reflejo y el de Raz. Quería comparar qué tan grande era la potrilla y qué tan pequeña era ella. Pero antes de poder acercarse al agua, una criatura rojiza saltó sobre ella.

—¡Te atrapé! —gritó la criatura. Solsiré, muy asustada, no entendía que acababa de ocurrir.

—¡Pero Puka Oqe, no asustes a nuestra nueva amiga! ¡Esta es la primera vez que visita el Río Cristalino! —dijo Raz riendo.

Solsiré no sabía quién era él. No era tan grande como Raz, pero era claramente de mayor tamaño de ella. Además, tenía las patas y la cabeza rojiza y el vientre blanco. Era todo lo que podía distinguir la golondrina asustada, porque no podía separar su mirada de los dientes de la criatura.

—¿Tengo algo entre mis dientes? —preguntó la criatura un poco avergonzada, mientras soltaba a Solsiré.

—No, perdón, no quise molestarte. Es que nunca había visto unos dientes tan grandes —dijo la golondrina.

—Y también son muy blancos, como los míos —prosiguió Raz—. Todos los usamos mucho, por eso hay que cuidarlos. ¡Imagínate si no los tuviéramos!

Solsiré se empezó a preocupar—¡Pero yo no tengo dientes! —exclamó acongojada.

Raz soltó una carcajada.

—Hacía mucho tiempo que no me reía tanto: ¡Tú no necesitas dientes! Nosotros sí —explicó Raz.

Solsiré comenzó a recuperarse de tantas emociones y su curiosidad regresó.

—Qué nombre más raro —le dijo a la criatura.

—Mi familia es del norte, por eso el nombre. Los zorros culpeos vivimos a lo largo de toda la Cordillera

Muchos viven en las montañas, pero a mí me gusta bajar al bosque: aquí veo a mi amigo Raz.

—Puka Oqe es muy creativo: siempre encuentra soluciones donde nadie más las ve. Por eso puede vivir casi en cualquier lugar —dijo Raz.

El zorro culpeo se sonrojó cuando escuchó a la potrilla hablar de sus cualidades.

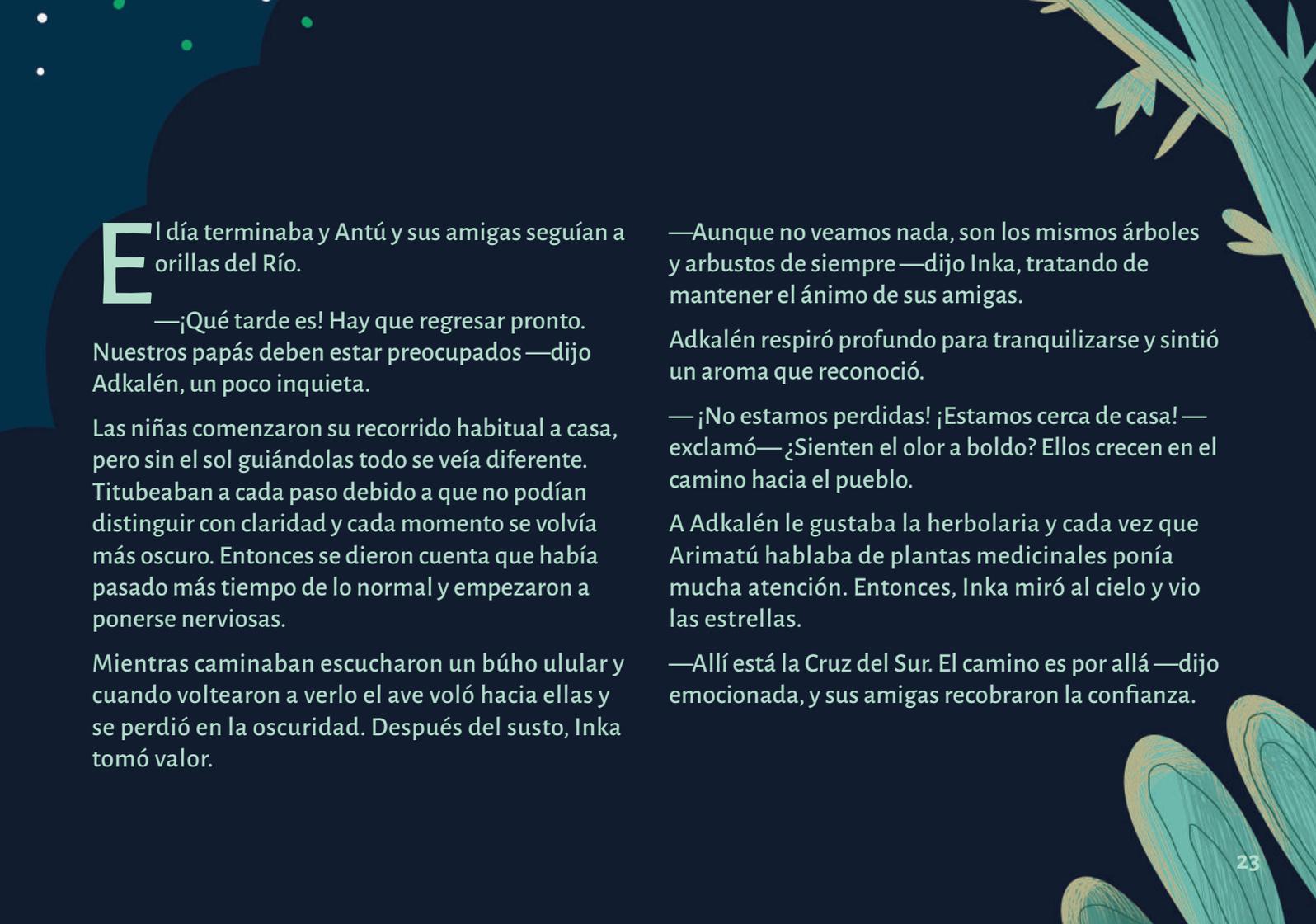
—Con ingenio se puede hacer cualquier cosa. ¡Hasta volar! Pero bueno, me tengo que ir, fue un gusto conocerte —dijo Puka Oqe y se perdió entre los arbustos.

Solsiré se dio cuenta que el sol se ocultaba. Voló a casa y les contó a sus hermanos las aventuras del día.



# 7. Luces en el Valle





**E**l día terminaba y Antú y sus amigas seguían a orillas del Río.

—¡Qué tarde es! Hay que regresar pronto. Nuestros papás deben estar preocupados —dijo Adkalén, un poco inquieta.

Las niñas comenzaron su recorrido habitual a casa, pero sin el sol guiándolas todo se veía diferente. Titubeaban a cada paso debido a que no podían distinguir con claridad y cada momento se volvía más oscuro. Entonces se dieron cuenta que había pasado más tiempo de lo normal y empezaron a ponerse nerviosas.

Mientras caminaban escucharon un búho ulular y cuando voltearon a verlo el ave voló hacia ellas y se perdió en la oscuridad. Después del susto, Inka tomó valor.

—Aunque no veamos nada, son los mismos árboles y arbustos de siempre —dijo Inka, tratando de mantener el ánimo de sus amigas.

Adkalén respiró profundo para tranquilizarse y sintió un aroma que reconoció.

—¡No estamos perdidas! ¡Estamos cerca de casa! —exclamó— ¿Sienten el olor a boldo? Ellos crecen en el camino hacia el pueblo.

A Adkalén le gustaba la herbolaria y cada vez que Arimatú hablaba de plantas medicinales ponía mucha atención. Entonces, Inka miró al cielo y vio las estrellas.

—Allí está la Cruz del Sur. El camino es por allá —dijo emocionada, y sus amigas recobraron la confianza.

—Si las golondrinas siendo tan pequeñas son tan valientes, nosotras también —dijo Antú.

—Además, Arimatú siempre nos ha dicho que en la noche ocurren cosas mágicas —Inka comentó optimista.

Inka pudo guiarlas hasta el Valle. Una vez allí, corrieron hacia el pueblo, pero Antú empezó a notar unas luces verdes en el Valle.

—Inka, ¿las estrellas se mueven? —le preguntó Antú a su amiga.

—Qué pregunta más rara. No, las estrellas no se mueven. Bueno, sí lo hacen, pero tú no puedes notarlo. Los planetas, que a veces se confunden con estrellas, parecen moverse muy lento desde aquí... —Inka siguió hablando sin cesar tratando de contestar la pregunta de Antú, hasta que Adkalén la interrumpió.

—Inka, espera, creo que habla de esas luces.

Inka miró hacia el cielo y las pudo ver. ¡Eran muchísimas luciérnagas volando sobre ellas! Subían y bajaban hasta que las rodearon. A Antú le pareció ver que danzaban. Empezaron a aparecer desde el pasto cada vez más. El espectáculo no tenía fin: eran como olas verdes por todo el Valle. Estaban tan emocionadas que habían olvidado el miedo que vivieron en el bosque.

Al llegar a la entrada del pueblo se encontraron con Arimatú. Emocionadas, empezaron a hablar al mismo tiempo — Arimatú, no sabes lo que vimos... Eran luciérnagas y parecían estrellas... Nos rodearon y estaban bailando...

— En la naturaleza hay maravillas como también hay peligros — dijo Arimatú con una voz profunda — Es tarde, sus papás están preocupados, vayan a casa.

Entonces, las niñas recordaron todo lo que pasó, le pidieron disculpas a Arimatú y fueron a sus casas.

# 8. Un lugar especial

**A** la mañana siguiente, Antú fue a casa de la sabia del pueblo. Se encontró con Adkalén en el camino e Inka ya estaba allí.

—¿Qué les dijeron sus papás? —preguntó Inka a sus amigas.

—Cuando llegué, mi mamá seguía despierta y estaba muy preocupada —respondió Antú—. Le conté todo lo que nos pasó y me dijo que no lo volviera a hacer.

—Creo que mi mamá no me creyó —comentó Adkalén—. Dijo que no es temporada de luciérnagas.

—Tu mamá tiene razón, pero las luciérnagas me debían un favor —interrumpió Arimatú sorprendiendo a las niñas y les guiñó un ojo.

—Arimatú, perdón por habernos ausentado en la noche. Se nos hizo tarde, pero vinimos lo más pronto posible.

La sabia del pueblo, con ternura, las disculpó y comenzó a caminar con ellas hacia el nido de las golondrinas.

—Estaban siguiendo a las golondrinas, ¿verdad?

Las niñas asintieron con un poco de vergüenza.

—Ya no tendrán que hacerlo —continuó Arimatú—: yo les puedo prestar esta habitación y desde esta ventana se alcanza a ver su nido. Pueden decorarla como quieran.

Las niñas gritaron de la emoción.

—¡Muchas gracias! —exclamaron al unísono.

—Pero —preguntó Adkalén, después de unos minutos de alegría—, ¿qué dirán nuestros papás? ¿No se molestarán?

—Yo hablé con ellos mientras ustedes no estaban —respondió Arimatú— y les encantó la idea. De hecho, hasta sugirieron ayudarlas con la decoración.

El entusiasmo de las niñas regresó. Las tres, emocionadas, corrieron a sus casas para agradecer a sus padres y les preguntaron qué cosas podrían llevar para decorar su nuevo lugar.

—Muchas gracias mamá —dijo Antú a Kuyén y le dio un abrazo.

Entonces, Kuyén la llevó a su taller.

—Sé que van a decorar ese lugar —le dijo—. Llévate lo que quieras de aquí.

Antú, entusiasmada, empezó a revisar todas las cosas, pero no sabía qué elegir hasta que miró a la pared y encontró un pequeño cuadro de madera con un nido de golondrinas tallado.

—Mamá, ¿puede ser ese cuadro?

—Ese fue uno de mis primeros trabajos —respondió Kuyén sonriendo—. Lo hice de raulí. Tu abuela me estaba enseñando a usar las herramientas. Yo

venía llegando de explorar el bosque y había visto un nido de golondrinas. Debió ser un día como éste. — Kuyén guardó silencio un momento, como si estuviera recordando aquel día—. Me encanta que hayas elegido ese cuadro —le dijo mientras se le llenaban los ojos de lágrimas de la emoción.



# 9. El Nido

**A**ntú llegó de prisa a la cabaña de Arimatú, en donde ya estaban sus amigas con objetos para su nuevo lugar.

—Yo encontré unos cojines para sentarnos— dijo Inka, mientras los acomodaba en el piso.

—Yo traje estos libros para poner en ese librero: uno es de aves y así podemos aprender más de las golondrinas— continuó Adkalén. Los empezó a acomodar, cuando se dio cuenta que allí había un libro muy grande y viejo, con tapas como de madera. “¿Qué tendrá escrito?”, se preguntó Adkalén, pero prefirió no abrirlo sin permiso.

Inka le preguntó a Antú por lo que traía en sus brazos. Entonces, Antú empezó a relatar lo que le había contado su mamá sobre ese cuadro. Al terminar de contar su historia, Arimatú entró en la habitación con un martillo y un par de clavos.



—La familia es una de las obras maestras de la naturaleza. ¿Necesitan ayuda?

Las niñas decidieron que el cuadro tendría que estar del otro lado de la ventana, para que cuando el sol entrara, lo iluminara, así que Arimatú lo puso en ese lugar. Una vez instalado el tallado, la sabia las invitó a sentarse y les ofreció flan recién hecho con miel de ulmo.

—Tu abuela era muy buena trabajando la madera

—le dijo a Antú—: tu madre debió aprenderlo de ella. Mientras terminan su postre les contaré una historia.

A las niñas les encantaba escuchar los relatos de Arimatú porque aprendían mucho de ellos.

La sabia les contó la historia de Azurina, la ballena que apreciaba mucho la amistad y sabía lo importante que era la familia. A las niñas les encantó la historia.

—¿Y cómo van a llamar a este lugar?—preguntó al terminar su relato.

A las niñas no se les había ocurrido que esa habitación podría tener un nombre.

—Quiero que se sientan muy cómodas

aquí, por eso tiene que ser muy acogedor. Un viejo amigo mío solía decir “allí donde reinan la quietud y la meditación, no hay lugar para preocupaciones” —continuó Arimatú.



Entonces, Antú volteó a la pared, y dijo:

—¿Y si llamamos a este lugar nuestro Nido?

A Arimatú le encantó la idea.

—Así como el de las golondrinas, al que siempre regresan para descansar en la noche y los Pichones crecen allí ¿qué opinan niñas?

Emocionadas, Inka y Adkalén asintieron.

Arimatú, entonces, sacó el kultrún con el que habitualmente acompañaba sus canciones y les enseñó una nueva, cuya letra versaba así:

***Buscando el cariño que se anida  
En nosotras, feliz bandada azul,  
Llegaste como limpia brisa del Sur  
Hermana golondrina, ¡Bienvenida! ¡Bienvenida!***

—Ha sido un día con muchas emociones, pero está llegando a su fin. Las golondrinas ya están regresando a su nido, así que es tiempo que vayan a sus casas. No queremos que se repita lo de anoche —dijo Arimatú y despidió a las niñas.



# 10. Azurina y sus amigos

**E**n una isla en el ombligo del mundo, contaba el Tumu Ivi Atúa que una joven ballena azul vivía solitaria en el Océano Pacífico. Sus amigos la llamaban Azurina por el intenso color de su piel. Ella se sentía diferente a ellos: no tenía caparazón como Osel la tortuga verde (que por cierto era de color café) ni tentáculos como Zoe el pulpo rapa nui. Era igual que el resto de las ballenas, pero ella no lo sabía porque nunca había visto a otra de su misma especie.

Un día, explorando, Azurina encontró unos arrecifes de coral y quiso mostrárselos a sus amigos. Ella nadaba velozmente adelante y los otros dos trataban de seguirle el ritmo, pero no era sencillo.

—¡No tan rápido!—gritó Zoe el pulpo, esperando que Azurina lo escuchara.

La ballena se detuvo un poco hasta que sus amigos lograron alcanzarla.

—Azurina, eres más grande que nosotros, por eso nadas más rápido, ¿podrías ir más lento?—dijo Zoe con el poco aliento que le quedaba por el cansancio. Esta escena se repetía constantemente, lo que ponía triste a la ballena porque le recordaba que era diferente, pero ella pensaba en lo importante que eran sus amigos para ella y continuaba avanzando más lento. En silencio, se preguntaba si no habría más como ella, y en caso de existir, cómo los encontraría.

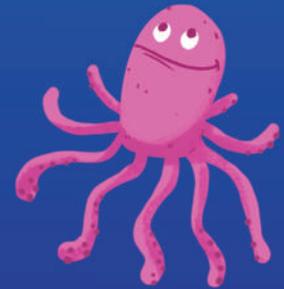
Osel notó los sentimientos de Azurina, así que se acercó y le dijo—un verdadero amigo será siempre un hermano—. Ella se sintió mejor.

Continuaron nadando, pero de repente Azurina se detuvo súbitamente y sus dos amigos que iban más atrás la alcanzaron.

—¿Aquí son los arrecifes?—preguntó Zoe, algo extrañado porque no veía nada más que mar azul.

—¿No es maravillosa esa canción?—les dijo Azurina, con la mirada perdida como tratando de saber de dónde venía el sonido. La tortuga y el pulpo trataban de escuchar algo, pero solo percibieron el romper de las olas. Se miraron extrañados y le dijeron que no escuchaban nada.

Azurina, entonces, nadó hacia donde creyó que provenían las notas, pero Osel y Zoe estaban muy cansados para acompañarla. Nadó y nadó hasta que encontró un gran animal azul muy parecido a ella.



—¿Qué haces por aquí tan sola?—le preguntó a Azurina, que estaba muy emocionada por haber conocido a alguien como ella. Le contó de los arrecifes, sus amigos, la canción que escuchó... en eso, recordó—. ¿Eras tú el que cantaba?

—No, era mi hermana, ella canta todo el tiempo—contestó el cetáceo. Azurina quedó asombrada.

—¿Hay más de ustedes?—preguntó.

—Somos un gran clan, pero siempre tenemos espacio para alguien más. ¿Te gustaría recorrer los mares con nosotros? Nos queremos como una familia y nos cuidamos entre nosotros. Siempre decimos que familia significa que nadie se queda atrás o se olvida.

Azurina estaba muy contenta con la invitación, volvió con sus amigos y les contó sobre su encuentro. Osel y Zoe también estaban felices por la noticia, aunque sabían que la extrañarían. Azurina decidió unirse al clan de ballenas y aventurarse en el mar.

Pasaron los días y Azurina era muy feliz con el resto de las ballenas. Además, aprendía mucho en cada viaje y conoció a más de su especie.

Una noche, mientras nadaban en la oscuridad, una ola azul brillante se acercó a ella, y poco a poco el resto del mar comenzó a emitir una luz azul. Azurina nunca había visto nada parecido. Entonces recordó sus aventuras por el mar con Osel y Zoe, y le contó al cetáceo que extrañaba a sus amigos y que eso la hacía sentir triste.

—La verdadera amistad es como la fosforescencia, resplandece mejor cuando todo se ha oscurecido—le dijo el cetáceo.

Azurina atesoró esas palabras por siempre y desde ese día visita a sus amigos en cada uno de sus viajes. Crecía y aprendía mucho de los lugares y criaturas que conocía. Con sus experiencias, Azurina aprendió a entregar y recibir cariño, y también se dio cuenta que, a pesar de haber tantas ballenas, ella era única, especial. Y todos los demás, dentro y fuera del clan, lo sabían.



# 11. Nuevas amigas

**A**ntú fue a la cabaña de Arimatú a pedirle mote. Su mamá, Kuyén, le iba a preparar su postre favorito, mote con huesillos, pero se había quedado sin uno de los ingredientes principales. Al salir de la cabaña y aprovechando que estaba cerca, fue a visitar el nido de las golondrinas y después fue corriendo a casa, y al llegar, le entregó la bolsa con el encargo a su mamá.

—Pero Antú, la bolsa está rota —le dijo su madre con una dulce sonrisa.

—Perdón, iré con Arimatú a ver si tiene más —dijo Antú apenada.

De regreso a casa de Arimatú, sabiendo que esta vez tenía que revisar bien la bolsa, encontró a la sabia con una golondrina en la mano.

—Mira quién encontró el mote —le dijo Arimatú a Antú. La niña, asombrada, trató de tocarla, pero el ave voló rápidamente.

—Supongo que vienes por más —preguntó Arimatú mientras entraba a la casa.

Al regresar la pequeña niña a su casa con el pedido de su madre pensaba en la

golondrina posada en la mano de la sabia del pueblo y en cómo poder acercarse a ella.

Entonces, se le ocurrió una idea.

Temprano al día siguiente, Antú fue al nido de las golondrinas con trigo y lo dejó en el suelo. Esperó pacientemente sentada a que alguna golondrina bajara. Pasaron los minutos y nada ocurría, hasta que de pronto una pequeña se asomó desde arriba. Después de ella, otra más apareció y una más. Pero de repente todas se fueron. Antú se quedó un poco triste porque su plan no había funcionado.

Arimatú miraba todo lo que había pasado.

—No te rindas —le dijo al ver a Antú cabizbaja—, la paciencia es un árbol de raíz amarga, pero de frutos muy dulces.

Antú siguió esperando y cuando estaba a punto de irse a su casa, una pequeña golondrina bajó y empezó a comer lo que estaba en el piso. La niña se emocionó mucho y desde ese día todas las mañanas le iba a dejar trigo al nido para ver comer a su nueva amiga voladora.

# 12. La historia se repite



**A**ntú empezó a preguntarse qué otras cosas comerían las golondrinas y pensó que la indicada para ayudarle sería Adkalén, así que fue temprano al Nido a esperar a su amiga. Inka ya estaba allí y Adkalén no tardó en llegar. Traía consigo una planta de lavanda y otra de menta que, al llegar el tiempo, las usaría para la Fiesta de la Cosecha. Todas las niñas del pueblo acostumbraban recoger semillas y flores para ese día.

Antú les contó del encuentro con su nueva amiga voladora. Entonces Adkalén fue por uno de los libros que había dejado en el estante. En eso, entró Arimatú a la habitación con una bandeja con leche asada hecha por ella.

—¿Se están preparando para la Fiesta de la Cosecha?

—les preguntó la sabia del pueblo.

—¡Mi postre favorito! —gritó Inka de la emoción.

—Queremos saber qué comen las golondrinas— dijo Adkalén, tratando de encontrar una respuesta en el libro mientras Antú le contaba lo que había pasado.

—Esta historia me parece conocida— dijo Arimatú. Fue hacia el estante y tomó el libro de tapas de madera.

—¡El libro! —susurró Adkalén asombrada. Arimatú le sonrió de reojo y ella se sonrojó un poco porque no creyó que alguien la escuchara.

Arimatú se sentó y las niñas hicieron lo mismo a su alrededor. Mientras disfrutaban de una leche asada, la sabia les leyó del libro la historia de una niña que le dio de comer a una golondrina y se hicieron amigas por siempre. Las niñas quedaron asombradas por lo similar de ambas historias.

—Eso nos pasó a mis amigas y a mí hace muchos años —dijo la sabia. Antú e Inka quedaron asombradas con todo lo que había dicho Arimatú, pero Adkalén no dejaba de pensar en el libro.

—¿Tu escribiste eso? —le preguntó. Ella sabía a dónde iba la pregunta de la niña.

—Sí. Escribíamos todas nuestras historias aquí. Lo llamábamos nuestro Libro de Viajes, el Libro de Viajes de la Bandada —dijo Arimatú con voz nostálgica mientras suspiraba. Luego les enseñó algunas páginas separadas donde había unas semillas. —También guardamos algunos recuerdos. Estos son nuestros Semilleros.

—¡Semillas! —exclamó Adkalén. Arimatú aprovechó para enseñarles algunas cosas que comen las golondrinas y también sobre semillas. Como siempre, Adkalén se emocionó muchísimo.

—Todas tus acciones son una semilla que tarde o temprano da frutos. Y recuerden niñas, estas semillas son hoy muy pequeñas, pero llegarán a ser tan grandes que hasta las aves del cielo harán sus nidos en sus ramas.

# 13. Siempre Mejor

—Iré al Río a ver a mis amigos Raz y Puka Oqe—dijo Solsiré a sus hermanos una mañana.

—Tú siempre metiéndote en líos—le dijo Peti Peti un poco molesta—. Menudo problema en el que por poco nos metes cuando bajaste al suelo por el trigo que te dejó esa niña.

—Tu hermana menor tiene razón—interrumpió Kazé, que escuchaba mientras limpiaba el nido—: en la naturaleza hay maravillas como también hay peligros. Sin embargo, es importante que practiquen su vuelo, así que ve al Río, pero con cuidado.

Solsiré voló emocionada al Río a ver si encontraba a alguno de sus amigos.

—Tanto tiempo sin verte ¿Cómo va tu vuelo?—preguntó Puka Oqe.

—¡Siempre mejor! Cada vez vuelo más alto y rápido. Al zorrillo culpeo, que era muy creativo, se le ocurrió una idea al ver pasar una libélula.

—Me parece muy bien que tu vuelo esté mejorando, ¿pero puedes alcanzar ese insecto?

Antes de terminar la frase, la golondrina voló rápidamente hacia ella, la atrapó y se la comió.

—¿Qué haces?—gritó Raz que iba llegando— ¿por qué te comes a mi amiga?

—¡Perdón! No fue mi intención—dijo Solsiré muy preocupada— ¿era tu amiga? No sabía que...—la potrilla soltó una carcajada.

—No asustes a Solsiré—dijo Puka Oqe. Raz se disculpó por la broma.

—¿Entonces no me comí a tu amiga?—preguntó Solsiré un poco aturdida.

—Nooooooo, yo no sé hablar con insectos—respondió Raz.

—Eres más rápida que antes—dijo Puka Oqe—, me da mucho gusto. Es importante tratar de ser siempre mejor, pero no mejor que el resto: una golondrina se vence a sí misma. Todo esto te será muy útil para cuando emigres al norte en el invierno.

—¿Emigrar? ¿Qué es eso?—preguntó Solsiré sorprendida.

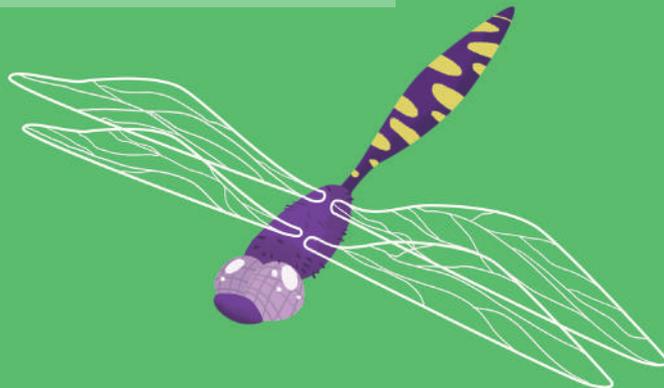
—Es dejar el lugar donde vives para ir a buscar uno mejor—

contestó Puka Oqe.

Solsiré parecía desconcertada y Puka Oqe lo notó.

—Es mejor que vayas con tus padres. Parece que te hace falta una charla muy larga con ellos—dijo el zorro culpeo.

Entonces Solsiré regresó a su nido un tanto confundida.



# 14. Más preguntas que respuestas

**A**l llegar Solsiré al nido después de estar con sus amigos en el Río Cristalino, estaban sus hermanos junto a Ayeka y Kazé. Solsiré estaba algo distraída por todas las cosas que le había dicho su amigo.

—¿Nos iremos alguna vez de aquí?—preguntó a sus papás.

—Sí Solsiré, nos iremos antes que el invierno nos alcance—contestó Ayeka tratando de transmitir tranquilidad con su voz. Todos los pequeños se quedaron helados—. Cuando el Valle y las montañas pierdan su verdor, nosotros ya estaremos volando.

—¡Nunca más veremos nuestro nido!—dijo Peti Peti al borde del llanto.

—No se preocupen—continuó Kazé, tratando de tranquilizar a la nidada—, todos los años volvemos al nido en busca de la primavera. Este es nuestro

hogar: por fuera es fuerte, para protegernos; pero por dentro está lleno de plumas para que sea acogedor. Hay que hacerle un par de reparaciones cada año, pero si lo hacemos todos juntos será sencillo. Su madre y yo elegimos este lugar después de volar juntos por mucho tiempo—Kazé miró a Ayeka con ternura—. Algún día, ustedes harán lo mismo.

Solsiré pensaba en que la ayuda de Puka Oqe le vendría bien para reparar el nido el siguiente año, ya que era tan inteligente y creativo. Estaba muy feliz de tener amigos.

Cuando todos se tranquilizaron porque regresarían a su hogar, empezaron las dudas acerca de su destino

—¿A dónde iremos?—preguntó Lina.

—Al norte. Allí hace calor, es un lugar muy lindo—contestó Ayeka.

—Pero, ¿qué tan lejos es el norte?  
—volvió a preguntar, todavía un tanto confundida por la referencia de su mamá.

—El norte es la dirección.  
Volaremos unos ocho mil kilómetros —explicó Kazé.

—¿Tantos kilómetros? ¡Ni siquiera sabía que ese número existía! —exclamó Peti Peti muy angustiada— ¿qué es un kilómetro?

—Serán tres meses de vuelo —dijo Kazé.

—¡Tres meses! ¡Sin parar!?  
¡Ni siquiera tengo esa edad! —continuó Peti Peti.





A Kazé se le salió una sonrisa por la pregunta de la pequeña golondrina.

—Por supuesto que no. Nos detendremos algunas veces a tomar agua.

Peti Peti continuaba con muchas dudas

—¿Y la comida?—preguntó.

—¡Cazaremos insectos!—dijo Manú emocionado.

Entonces Solsiré recordó la libélula que cazó. “Qué inteligente zorro” pensó ella.

—Hay que empezar a practicar—dijo Lina. Ella estaba preocupada porque sentía que había poco tiempo, pero se esforzaba por apoyar a sus papás y que sus hermanos se tranquilizaran.



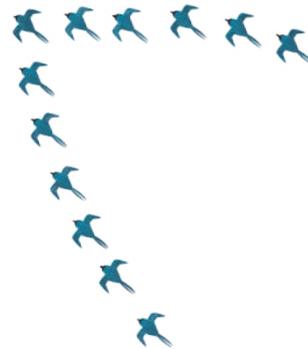
Peti Peti, sin embargo, seguía haciendo preguntas.

—Pero, ¿qué pasa si alguien se pierde?

—Eso no va a ocurrir. Viajamos todas juntas formadas como la punta de una flecha—señaló Ayeka, y después de una pausa, muy seria le dijo a su esposo —creo que ya es tiempo que conozcan a Jaquim y al resto de la bandada.

Kazé asintió con la cabeza, mientras todos los veían con cara de suspenso.

—Sígannos—dijo Ayeka, e iniciaron su vuelo al Río Cristalino.



# 15. Del otro lado del Río

Antú estaba en el bosque recolectando semillas para ella y sus amigas porque la Fiesta de la Cosecha se acercaba. De repente vio a todas las golondrinas volando juntas. “¿A dónde irán?” se preguntó la niña, y decidió seguirlas. Antú olvidó por completo la prohibición de cruzar el Río Cristalino. Encontró algunas piedras grandes en su parte más angosta y saltó sobre ellas con la ayuda de su Intiqhana para poder llegar al otro lado. “No fue tan difícil” pensó.

Continuó siguiendo a las golondrinas, hasta que un aguilucho empezó a perseguirlas. Era más grande que ellas y tenía las alas color parduzco, con algunos tonos rojizos y blancos. Antú recordó una de las frases de Arimatú: “un viejo amigo mío solía decir ‘cada criatura en desgracia tiene el mismo derecho a ser protegida’”. Las palabras de la sabia del pueblo resonaron en la cabeza de Antú como si la escuchara.





—¡Cuidado golondrinas! —grito Antú.

Ella se sintió como Cotí cuando ayudó a su pueblo de lobos marinos a encontrar un lugar más seguro para vivir.

En eso, el aguilucho volteó y empezó a volar hacia Antú. Al ver sus garras, le temblaron las rodillas y se le puso la piel de gallina. Corrió lo más rápido que pudo y encontró una cueva en donde se escondió.

“Espero que mis amigas voladoras estén bien” pensó. Se sentó en una roca, miró a su alrededor y encontró unas semillas extrañas que guardó. Esperó unos minutos hasta que decidió salir con cautela de la cueva y regresar corriendo a su casa. Ya no supo nada más del aguilucho.

Al llegar al pueblo se encontró con Arimatú y le contó lo que había pasado.

—Gracias por ser honesta. Hay que tener valor para decir la verdad. Recuerda que en la naturaleza hay maravillas, como también hay peligros. Las reglas son para protegerte de esos peligros, por eso hay que respetarlas —dijo Arimatú.

Antú escuchó con detenimiento las palabras de Arimatú. Al terminar, le enseñó las semillas que recolectó. La sabia quedó asombrada al verlas. Le pidió algunas de ellas a Antú y ella se las obsequió.

—Ven, debes estar cansada. Te haré una infusión de hojas de toronjil para que te sientas mejor —le dijo Arimatú.

# 16. Las aventuras marinas de Cotí

Cada año, en verano, miles y miles de lobos marinos viajan a los mares del sur. Allí nació una criatura muy particular, Cotí: un lobo marino con pelaje blanco, que bajo la luz brillaba como si fuera de oro.

Un día, mientras Cotí nadaba y sus amigos jugaban en la playa, un par de cazadores se acercaron y trataron de llevarse a algunos. Los separaron del

grupo con ruidos estridentes y los acarrearon tierra adentro, pero cuando vieron a Cotí lo confundieron con el mítico príncipe de los mares y se aterraron.

—¡Pincoy! ¡Pincoy!—gritaban mientras huían de la playa.

Cotí, desconcertado, se empezó a preguntar qué había ocurrido. El lobo marino fue a preguntarle a su madre y ella le explicó lo que hacían esos cazadores.

—No podrás detenerlos. Ve a jugar al mar, Cotí—le dijo con dulzura.

Cotí no se quedó conforme y decidió buscar una isla sin personas, donde toda la manada pudiera vivir tranquila. Nadó por todo el mar hasta que encontró a un gran pelícano al que le contó su historia y la misión que tenía por delante. Después de escuchar el relato, el ave se quedó pensativa.

—En todos mis años por los mares del sur, nunca he visto un lugar seguro. Pero si alguien puede saber, son los chungungos. Si encuentras uno, síguelo, pero tienes que ser hábil porque son muy rápidos y les gusta nadar en oleajes tempestuosos.

Así continuó su viaje por el océano, hasta que una mañana muy fría la niebla se disipó lentamente y Cotí pudo ver una pequeña criatura juguetona con piel rojiza y cola larga.

—¿Eres un chungungo?—preguntó entusiasmado.

—Sí, aunque también nos llaman de muchas formas: huallaque, chinchimén, gato marino y hasta nutria—dijo la criatura, pero justo después se percató del color peculiar de su piel—. Cada vez que conozco a alguien se asombra porque nunca habían visto a alguien como yo, pero esta vez soy yo el asombrado: ¡nunca había visto a nadie como tú!

—¡Te he buscado durante mucho tiempo! —le dijo Cotí. El lobo marino le contó todo sobre la manada y los cazadores. El chungungo estaba impresionado con lo que se había propuesto hacer por su manada.

—Conozco un lugar que les podría servir —le dijo. Nadó rápidamente mientras Cotí iba tras él, pero empezó a llover con inclemencia y a Cotí se le dificultaba cada vez más seguir al pequeño animal. El lobo marino pensó desilusionado que había perdido al chungungo, pero de pronto alcanzó a divisar unas islas de piedra volcánica a lo lejos. Al acercarse, la lluvia se detuvo y las nubes se abrieron dejando pasar la luz del sol y pudo ver a su nuevo amigo esperándolo sobre una roca.

—Creí que te había perdido —dijo el chungungo. La pequeña criatura regresó al agua y nadó entre los peñascos hasta que llegó al centro del archipiélago. Allí había una isla como en la que vivía Cotí, pero más grande; el lugar era perfecto para la pesca, rodeado de rocas que impedían la entrada de embarcaciones y lo más importante, libre de cazadores. El lobo marino se emocionó mucho.

—No hay nada escondido que no haya de salir a la luz —le dijo el chungungo.

Cotí le agradeció por mostrarle el lugar.

Al regresar con la manada, les contó su descubrimiento. Entonces muchos de ellos siguieron a Cotí. Era difícil perderlo de vista: de noche, era más blanco que la luna; de día, la luz del sol lo hacía brillar como el oro.

Al llegar, el chungungo lo estaba esperando en la misma roca.

—Buscando el bien de nuestros semejantes, encontramos el nuestro —le dijo. Cotí simplemente sonrió.

Todos quedaron impactados por el lugar y decidieron regresar todos los años. Cada vez llegaban más lobos marinos hasta que la isla anterior quedó deshabitada y pasó al olvido en la memoria de todos, excepto de Cotí.



The illustration depicts a vibrant landscape. In the foreground, there are rolling green hills. A large, dark brown, vertical cutaway section reveals the interior of the earth, showing a network of roots and soil. Several blue swallows are shown in flight, some entering the earth from the surface and others emerging. The sky is a clear, light blue, populated by numerous swallows in various stages of flight. Stylized green trees with rounded canopies are scattered throughout the scene. The overall style is clean and modern, with a focus on natural elements and the migration of birds.

# 17. ¡Más golondrinas!

—Estoy muuuuuuuuy cansaaaaada. Por poco nos come ese pajarraco gigante y todavía no nos dicen nada de la migración —se quejaba constantemente Peti Peti durante el vuelo; pero Manú disfrutaba la aventura.

—Esto es muy divertido. Nunca había estado de este lado del bosque.

—Hay que estar atentos —dijo Kazé— en la naturaleza hay maravillas...

—...Como también hay peligros —respondieron los cuatro pichones al unísono.

—Siempre dices lo mismo, ¿ya llegamos? —preguntó de nuevo Peti Peti.

—Llegamos —contestó Ayeka.

Después de un par de horas volando en el bosque, encontraron una gruta profunda y oscura. A su alrededor revoloteaban miles de golondrinas, entrando y saliendo sin cesar.

—¡Son como nosotras! —exclamó Solsiré— ¡Nunca había visto tantas golondrinas juntas!

—Voy a buscar a Jaquim —dijo Kazé. Bajó a la gruta mientras los demás descansaban en la Gran Araucaria.

—Aquí viven muchas golondrinas —dijo Ayeka—: es un lugar tranquilo, lejos de depredadores, con comida cerca y materiales para construir los nidos, además de agua.

—¿Por qué no vivimos aquí con las demás golondrinas? —preguntó Lina, después de contenerse lo más que pudo mientras veía un sinnúmero de golondrinas pasar.

—Cada golondrina decide dónde hacer su hogar —respondió Ayeka—. Tu papá y yo elegimos el pueblo, porque nos gusta su tranquilidad. Allí hay pocos nidos.

—Tu madre siempre ha tenido una relación especial con la gente del pueblo —interrumpió una golondrina que se acercaba desde la gruta. Se veía como su mamá, pero era un poco más pequeña y tenía algunas plumas blancas en la cabeza.

—Jaquim, tanto tiempo sin verte —exclamó Ayeka mientras las dos se daban un abrazo.

—Lo recuerdo bien, fue desde la última migración...

# 18. Las Migraciones



—Me imagino que están preparando a los Pichones para su primer Gran Vuelo —le preguntó Jaquim a Ayeka.

—Ya no son Pichones. Son todos unos Aprendices —respondió, mientras Manú cazaba un par de mariposas a su alrededor.

—Sé que vienen a aprender sobre la migración. Les voy a explicar todo lo que deben saber—dijo Jaquim—. Cada año, antes de empezar el invierno, la bandada viaja al norte escapando del frío. Cuando las montañas se pinten de blanco por la nieve nosotras ya estaremos migrando.

Solsiré imaginó cómo se verían las montañas llenas de nieve.

—Nunca las verás —le dijo Jaquim. Solsiré quedó asombrada por las palabras de Jaquim. Fue como si hubiera escuchado sus pensamientos—. Además, debemos permanecer con la bandada. Juntas volamos con fuerza, más alto y más lejos. Es por eso que migramos al mismo tiempo. Volamos en formación en “V”.





En eso, una mariposa se posó detrás de Peti Peti. Manú saltó rápidamente hacia ella para atraparla, pero en vez de atraparla, chocó contra su hermana menor.

—¡Ten más cuidado! —le reclamó la pequeña a su hermano.

—En un viaje por el norte una flamenca me dijo “el perdón restaura la amistad, el rencor la termina” —continuó Jaquim.

—Perdón hermana, tendré más cuidado —dijo Manú.

—Perdonado —le contestó Peti Peti y le dio un abrazo con sus alas.

—¿Qué es una flamenca? —preguntó apresuradamente Manú, olvidando todo lo ocurrido.

—Los flamencos son aves muy altas —explicó Jaquim—, de patas largas y plumas rosadas. Ellos vuelan tanto como nosotras. Es probable que en el norte podamos ver muchos de ellos.

—¿Y cómo sabemos hacia dónde vamos?—continuó Lina, preocupada por el viaje.

—Siempre va alguien con experiencia a la cabeza como líder de la Bandada—contestó Jaquim.

—¿Y nosotras podemos ayudar a la líder—preguntó Solsiré.

—Eres muy generosa, además de perspicaz, pequeña pichoncita. Me recuerdas a tu madre cuando tenía tu edad—le respondió Jaquim—. Las Guías de Vuelo, que son las golondrinas que han realizado muchas migraciones, ayudan a la líder de la Bandada en su labor... cuando estén listas.

—Por eso tienen que prepararse—la interrumpió Kazé—. Es tiempo de regresar al nido, anochece. Gracias por todo Jaquim.

—Buenos vuelos y excelentes viajes—se despidió Jaquim.





# 19. Solsiné está en peligro



**D**urante el camino de regreso a casa, Solsiré pensaba en todo lo que había escuchado: la migración, el resto de las golondrinas, cómo sería ser Guía de Vuelo (aunque como nunca había migrado se imaginaba muchas cosas). De cualquier modo, estaba feliz por la oportunidad de volar al norte con toda la bandada, pero no podía dejar de pensar en sus amigos Raz y Puka Oqe y lo mucho que los extrañaría.

De pronto, mientras cruzaba el Río Cristalino, una gran sombra apareció sobre ella, pero la golondrina estaba tan distraída que no la notó. Súbitamente, Solsiré sintió que algo la apretó tan fuerte que se quedó sin aire y perdió por un momento la noción de lo que pasaba.

—¡Una pequeña golondrina! ¡Qué delicado manjar para mis bebés!  
¡Un gran aguilucho había capturado a Solsiré!

—¡Suéltame malvado pajarraco! —gritó desesperada la avecilla.

—¡¿Malvado?! —dijo, después de soltar una carcajada—: cada día,

hasta hoy, te levantaste sabiendo que tienes que volar más rápido y ser más inteligente que yo para sobrevivir. Cada día, yo me levanto sabiendo que tengo que volar más rápido e inteligente que mis presas para poder comer. No me juzgues por el lugar de la cadena alimenticia en la que te tocó nacer ¿o qué crees que piensan tus presas cuando las capturas?

Solsiré, a pesar de la difícil situación en la que estaba, se puso a recordar las palabras de Peti Peti cuando Ayeka les llevó insectos para comer el día que nacieron y la vez que Puka Oqe le pidió alcanzar esa pequeña libélula o cuando Manú cazaba mariposas en la Gran Araucaria.

—Parece que no habías pensado en eso pequeña — continuó con sarcasmo—. En todo caso, me tendrías

que decir malvada porque soy madre de varios pichones y tienen mucha hambre.

—¿Tú eres Ñancú?

—Parece que soy más famosa de lo que creía — continuó irónicamente.

—¿Y por qué atacaste a la pequeña niña que nos quería ayudar? Eres malvada, aunque no lo quieras aceptar —le reclamó Solsiré con enojo y miedo.

—Porque estaba muy cerca de mi nido y no me gusta que nadie se acerque. No confío en ellos. Pero bueno, basta de charlas, que cuando el almuerzo habla mucho termina reseco y con un gusto más amargo.

Solsiré se puso muy nerviosa, pero recordó la frase que Ayeka siempre le decía: “la fuerza no vence la fuerza: busca la calma y te harás fuerte”.

Abruptamente y sin saber cómo, se encontró cayendo hacia el Río. Abrió sus alas y huyó rápidamente.

—¡Aletea más fuerte! —le gritó Peti Peti.

Solsiré no entendía nada, pero siguió a su hermana hacia un eucalipto a las orillas del Río.

—¿Estás bien? —preguntó su hermana menor. En eso llegaron también Lina y Manú.

—Fue difícil, pero lo pudimos distraer lo suficiente para huir —dijo Lina.

—¡Qué buen zarpazo le diste en la cabeza para que soltara a Solsiré! —exclamó emocionado Manú a Lina.

—Hay que tener más cuidado —replicó Lina— desde que empezamos el vuelo de regreso a casa has

estado muy distraída. Papá y mamá se adelantaron para buscar algo de comida y nos pidieron que tuviéramos cuidado. Juntas volamos con fuerza, más alto y más lejos, es lo que dijo Jaquim.

Regresaron al nido y les contaron todo lo ocurrido a sus padres. Los dos escucharon muy preocupados por la historia, pero estaban felices que estuvieran bien. Solsiré aprovechó para preguntar a sus padres por la rara conversación que tuvo con Ñancú.

—No hay maldad en la naturaleza, pero hay que tener cuidado —dijo Ayeka, tratando de explicarle a la nidada.

—¡Qué bueno es que los hermanos convivan en armonía! —prosiguió Kazé.

Solsiré se quedó pensando en lo raro que había sido todo ese día y sabía que no lo iba a olvidar.



## 20. De campamento con Arimatú

Llegó un día muy esperado. Antú y sus amigos harían una expedición con Arimatú, lo que las llenaba de emoción.

Antú llevaba su Intiqhana, Adkalén estaba a cargo del Libro de Viajes de la Bandada e Inka del kultrún. Se encontraron Antú y Adkalén en el camino e Inka ya las esperaba en la cabaña de Arimatú. La sabia llevaba un bastón y un morral de lana que le había regalado Kuyén.

—Tu mamá sabe manejar muy bien el telar— le dijo Arimatú a Antú.

—Vamos, de nada sirve correr, lo importante es partir a tiempo —dijo Arimatú—. Vamos por Raz.

La sabia del pueblo se había levantado más temprano para preparar todo y cargar a la potrilla.

Entonces iniciaron su travesía Arimatú, Antú, Inka y Adkalén acompañadas por Raz.

Atravesaron el Valle y se adentraron en el bosque hasta llegar al lugar donde Antú había saltado las piedras del Río Cristalino.

—Más adelante hay un puente —dijo Arimatú.

Antú no vio el puente aquella vez que cruzó el Río, “pudo haber sido más fácil pasar por allí”, pensó.

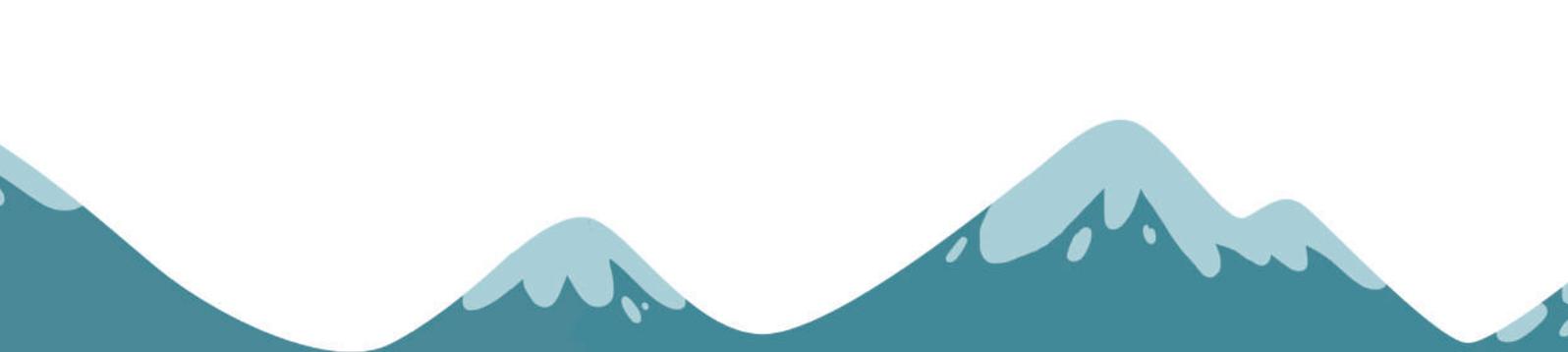
Mientras caminaban por la orilla del Río, iban observando la naturaleza y Arimatú les enseñaba de ella en donde descubrieron unas huellas de animales en el suelo. De repente escucharon un chillido agudo. Antú recordó su experiencia con el aguilucho y sintió miedo. Arimatú, entonces, al notar la expresión de la pequeña dio un golpe fuerte en una roca con su bastón que provocó un ruido seco y generó eco en el bosque. El ave dejó de chillar. Las tres niñas quedaron impresionadas con lo que acaba de ocurrir, mientras que Arimatú siguió su camino como si nada hubiera

pasado. Antú se dio cuenta que mientras estuviera acompañada de Arimatú, nada malo podría pasarle y el miedo se fue.

—¡Allá veo el puente! —exclamó Inka efusivamente. Era algo viejo y crujía un poco, pero se notaba que era resistente. Al cruzar, las tres niñas vieron un pequeño zorro culpeo que las observaba.

—¡Por fin notaron al zorrito! —dijo Arimatú—. Nos viene siguiendo desde que salimos del pueblo. Son animales muy creativos. Siempre están atentos de lo que pasa a su alrededor y buscan la forma de sacarle el mejor provecho. Por eso pueden vivir en las montañas, los bosques, los valles ¡y hasta en los desiertos!

—Parece imposible que estas criaturas tan pequeñas puedan vivir en todos esos lugares —exclamó Antú.



—En todos esos lugares hay retos y peligros, pero los zorros saben bien de qué son capaces, aunque sean jóvenes como este acompañante, y siempre buscan una solución creativa a cada problema. Un viejo amigo mío solía decir “luchemos por alcanzar la serenidad de aceptar las cosas inevitables, el valor de cambiar las cosas que podamos y la sabiduría para poder distinguir

unas de otras” —dijo Arimatú— con ingenio se puede hacer cualquier cosa. ¡Hasta volar! —continuó, guiñándoles un ojo.

Siguieron caminando por el bosque y las niñas emocionadas iban admirando el paisaje, observando las flores y recolectando semillas para sus Semilleros. Tenían pocas oportunidades de estar de ese lado del Río.



# 21. Por un mundo mejor

Continuaron caminando hasta que llegaron a una Gran Araucaria. Nunca habían visto un árbol tan alto.  
—Acamparemos aquí—dijo Arimatú.

La sabia del pueblo bajó lo que cargaba Raz, le dio unos maquis que llevaba en su morral y la potrilla parecía disfrutarlos mucho. Las niñas aprovecharon para descansar bajo el árbol.



—Esta potrilla es mi favorita —dijo Arimatú, mientras le daba un beso en la frente a Raz—. Siempre lista para cualquier aventura, no se cansa por más que caminemos y me encanta su sentido del humor.

Antú creyó ver que Raz le sonrió a Arimatú.

Las niñas con la ayuda de Arimatú armaron la carpa y al terminar la sabia les enseñó a hacer un par de nudos que podrían ser de utilidad para su expedición.

—Un nudo no te sirve si no sabes para qué usarlo, ¿recuerdan ese pequeño zorro culpeo? —dijo ella— ¿Notaron que sus ojos y sus orejas son más grandes que sus garras? Es porque primero observa, luego piensa qué hacer y después pone manos a la obra. Al final, revisa si lo hizo bien y piensa si hubiera existido una mejor forma de haberlo hecho.

Encendieron una fogata para hacer de comer. Arimatú preparó tortilla al rescoldo. La sabia se sentó con las niñas formando un círculo y les contó la historia

de Sinchi en el salar. Las tres niñas escucharon con atención cada palabra que la sabia dijo.

—La naturaleza tiene sus reglas —explicó Arimatú al terminar la historia— y las golondrinas viven bajo la Ley de la Bandada: las golondrinas dicen la verdad, son alegres, comparten con su familia, escuchan y ayudan a los demás, cuidan la naturaleza y las cosas y buscan aprender.

Después de escuchar las palabras de Arimatú, Antú, Inka y Adkalén se comprometieron a ser siempre mejores, amar a Dios y su familia, ayudar a los demás y a vivir la Ley de la Bandada, pensando siempre en un mundo mejor.

—Un viejo amigo solía decir “comienza haciendo lo que es necesario, después lo que es posible y de repente estarás haciendo lo imposible”. Ahora, así como las golondrinas, ustedes deberán encontrar sus propias formas de dejar el mundo mejor que como lo encontraron.

## 22. Sinchi, la flamenca valiente

**E**n un lago de los salares del norte, una pareja de flamencos estaba feliz por lo que acababa de suceder: su pequeña Sinchi finalmente había nacido. Sinchi era más pequeña que el resto de los flamencos de su edad. “¿Por qué seré distinta?” se preguntaba a menudo.

Cuando todos los flamencos bailaban, ella se caía porque era más pequeña y torpe, y algunos se reían. A ella no le gustaba que se burlaran, pero no se rendía y seguía intentándolo. Practicaba más que el resto, aunque le seguía siendo difícil.

Un día, después de su último tropezón, Sinchi salió a caminar un poco por el salar para distraerse. En eso,

escuchó una avecita cantar, así que decidió acercarse. La encontró enredada entre unas bolsas de plástico.

—¿Eres nueva por estos rumbos? nunca te había visto antes —preguntó amablemente Sinchi— déjame ayudarte a salir.

Después de un par de tirones, pudo sacarla de su embrollo.

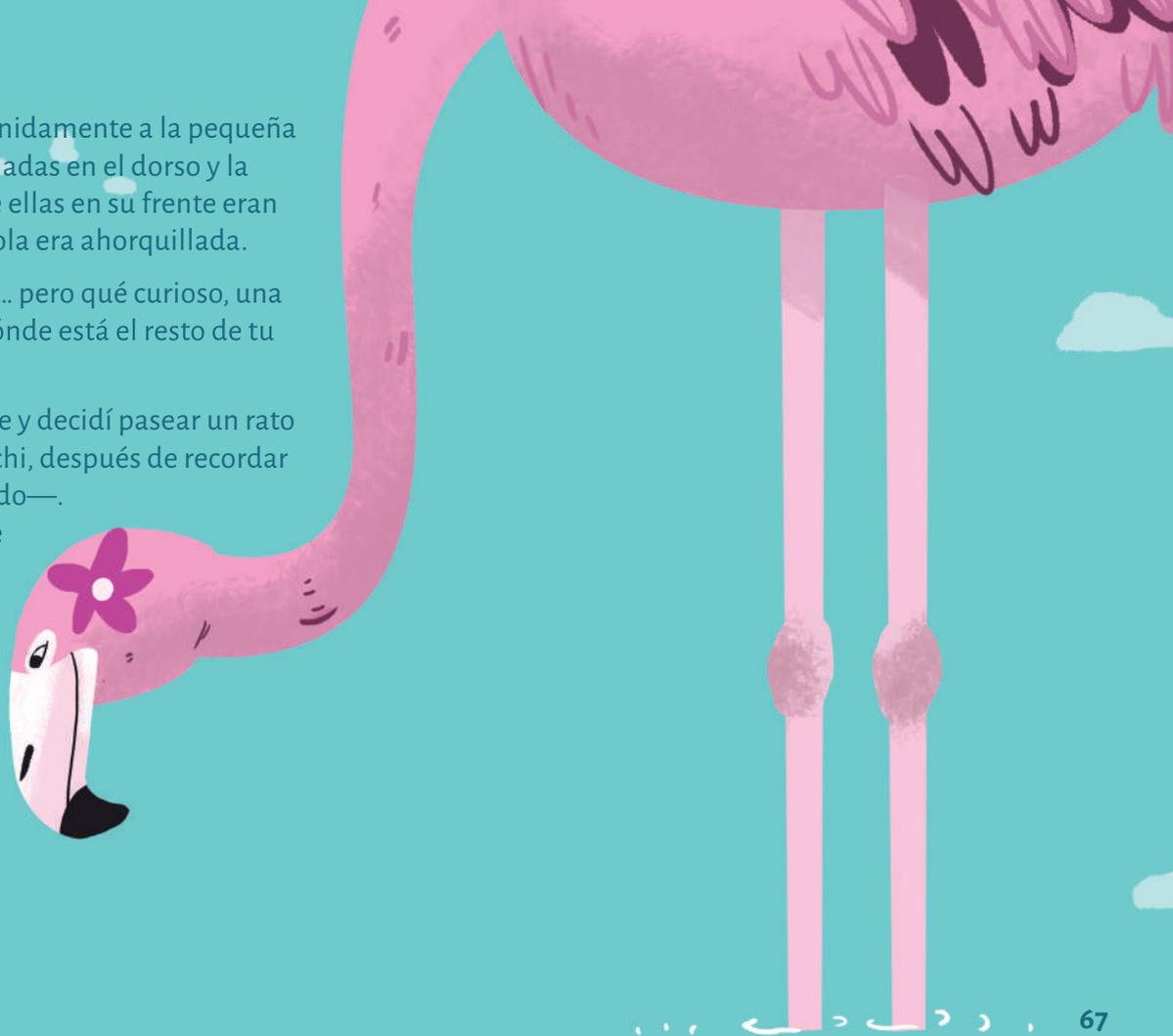
—Muchas gracias por tu ayuda. Estaba migrando con mi bandada hacia el sur y nos desorientamos un poco, así que bajé a pedir ayuda, pero quedé atrapada. No sé qué habría hecho si no hubieras estado aquí.

Sinchi observaba detenidamente a la pequeña ave. Tenía plumas azuladas en el dorso y la cabeza, pero un par de ellas en su frente eran blancas. Además, su cola era ahorquillada.

—Soy una golondrina... pero qué curioso, una flamenca solitaria, ¿dónde está el resto de tu colonia?

—Estaba un poco triste y decidí pasear un rato  
—dijo sollozando Sinchi, después de recordar por qué se había alejado—.

Los otros flamencos se burlan de mí por ser más pequeña y torpe que ellos.





—Ser pequeño no es malo. Además, has sido muy valiente y amable en ayudarme. Nunca antes había hablado con un flamenco —dijo la golondrina—. En nuestra bandada tenemos una ley y con ella sabemos si estamos haciendo lo correcto. Cuando alguien se siente mal por algo que pasó, lo hablamos para tratar de buscar una solución entre todas, ¿ustedes qué hacen cuando alguien no está feliz? —preguntó la golondrina, pero Sinchi



no sabía la respuesta—. Deberías hablar con algún flamenco adulto, seguro te podrá ayudar.

Después, Sinchi agradeció el consejo y se despidió. La golondrina regresó a su bandada y prosiguió su camino hacia el sur.

Sinchi tenía miedo de hablar porque no sabía cómo reaccionaría el resto de los flamencos. “¿Y si se molestan y dejan de hablarme? ¿O si hacen

algo peor?” se preguntaba. Pero tomó valor y fue a hablar con el líder de la colonia, aunque antes retiró la basura de la zona para evitar que otro animal quedara atrapado.

Fue fácil encontrar al líder porque siempre estiraba el cuello hacia atrás, lo levantaba y giraba de un lado a otro.

—Hola ¿en qué te puedo ayudar? —le preguntó al ver a Sinchi y ella le contó por qué se sentía mal. El líder escuchó con atención, incluyendo los detalles de la conversación con la golondrina.

—Te creo. Se necesita mucho valor para hablar de esto. Tratemos de buscar una solución juntos.

El líder de la colonia habló con los compañeros de Sinchi y les hizo ver a todos lo que ella sentía cuando se burlaban. Al principio ellos no entendían cuál era el problema, pero en la medida que la conversación avanzaba se dieron cuenta de lo que realmente estaba pasando.

Los flamencos se arrepintieron y planeaban ir a

pedirle disculpas a la flamenca, pero antes que lo pudieran hacer, el líder de la colonia los detuvo.

—Pedir disculpas es necesario —les dijo—, pero en esta ocasión no será suficiente.

Algunos flamencos se molestaron por lo que escucharon y comenzaron a murmurar que Sinchi los tenía que perdonar. El líder se dio cuenta de la situación.

—Perdonarlos es un derecho que ella tiene —dijo con voz enérgica—, no una obligación.

Entonces se dieron cuenta de su error. Los flamencos le pidieron disculpas y buscaron la forma de retribuir a Sinchi, pero la flamenca no sabía qué creer. En eso, el líder de la colonia se acercó a Sinchi.

—El perdón restaura la amistad, el rencor la termina —le dijo en voz baja.

Después de escuchar eso, a Sinchi se le ocurrió una idea.

—Me gustaría que esto no le pasara a ningún otro flamenco otra vez —dijo la flamenca—, ¿pueden hacer esa promesa?

Todos dieron su palabra, incluyendo a Sinchi, de hacer todo lo que de ellos dependa para que ningún flamenco se sintiera triste o solo en la colonia. Entonces los perdonó y todos se pusieron muy felices.

—Baila con nosotros —le dijeron el resto de los flamencos a Sinchi—: cuando estamos felices bailamos.

Entonces ella bailó. Todos en el salar celebraron en una gran fiesta danzando al mismo compás, y los diferentes plumajes rosados se confundían a la vista con el atardecer. Y desde ese día los flamencos viven alegres y en paz, no solo con ellos mismos y sus familias, sino con el resto de las criaturas y el mundo que los rodea.





## 23. La Trinada

**Y**a atardecía. Las niñas estaban muy contentas por todo lo que habían vivido en la excursión con Arimatú. La sabia tomó el kultrún y empezó a tocarlo y a cantar con palabras que las niñas no entendían. Mientras esto ocurría, una pequeña golondrina con algunas plumas blancas en la cabeza se acercó a ella y empezó a trinar.

—Ya es de noche y el sol se fue, pero antes de descansar, la bandada alegre va hacia la Trinada— murmuró Arimatú, mientras seguía tocando.

Una vez dicho eso, poco a poco cientos de golondrinas fueron llegando, trinando todas al compás y buscando un espacio en la Gran Araucaria.

Las niñas no entendían lo que pasaba, pero estaban tan felices por el espectáculo que comenzaron a bailar. Y sin darse cuenta, el cansancio y preocupaciones se fueron convirtiendo en danzas. La fiesta siguió bajo el ritmo del kultrún, los cantos de Arimatú y el trinar de las golondrinas hasta que cayeron al suelo exhaustas de tanto danzar. La bandada se fue de a poco, un ave tras otra y los sonidos de la tranquila noche inundaron el lugar.

—Miles de velas pueden encenderse con una sola y la fuerza de esa vela no disminuye. La felicidad nunca disminuye al ser compartida —dijo Arimatú—. Es hora de dormir, mañana nos espera un gran día.





## 24. ...a la mañana siguiente

**A**maneció en el bosque y la lluvia llegó con toda su fuerza. Antú despertó por el ruido de los truenos, un poco cansada por la diversión de la noche anterior, y decidió abrir la entrada de la carpa para esperar los rayos. Sin embargo, para su sorpresa, alcanzó a escuchar a Arimatú cantando a lo lejos y ver su sombra tras el fuego. No distinguió del todo su cántico, ya que el ruido de la lluvia se mezclaba con los relinchos de Raz, pero alcanzó a reconocer algunas frases incompletas:

*...especialmente en el señor hermano sol...  
nos das el día y nos iluminas.  
... la hermana luna y las estrellas...  
...por el hermano viento  
y por el aire y la nube y el cielo sereno y todo tiempo  
...la hermana agua... humilde, preciosa y casta.  
...el hermano fuego, por el cual iluminas la noche  
...la hermana nuestra madre tierra,  
la cual nos sostiene y gobierna  
y produce diversos frutos con coloridas flores y hierbas...*



Cuando Arimatú terminó de cantar, la lluvia se detuvo y el petricor llenó el ambiente. Antú salió corriendo de la carpa y se acercó a la sabia del pueblo.

—¿La lluvia te despertó pequeña?—preguntó Arimatú al verla.

—La lluvia me da miedo. No me gusta el sonido de los truenos—dijo Antú.

—No está mal tener miedo: recuerda, el miedo nos previene del peligro. Pero no hay maldad en la naturaleza, desde siempre Dios nos ha hablado por medio de ella.

En eso, Inka y Adkalén despertaron y todas desayunaron una trucha que asó Arimatú

sobre el fuego. Las niñas empezaron a relatar todos sus descubrimientos: las formas de las hojas y las huellas, los colores del cielo, las texturas de las rocas, los hábitos de los animales.

—Están viendo todo con ojos nuevos—dijo la sabia del pueblo, quien aprovechó ese tiempo para contarles la historia del hermano Francisco y el lobo.

Al terminar su relato, se puso de pie, tomó un caracol que estaba cerca de donde desayunaban y lo puso en un lugar más seguro, cerca del pasto.

—Mi viejo amigo Francisco solía decir: la verdadera enseñanza que trasmitimos es lo



que vivimos; y somos buenos predicadores cuando ponemos en práctica lo que decimos.

Ya era hora de volver a casa. Guardaron todo lo del campamento, recogieron la basura, subieron todo al lomo de Raz y empezaron el retorno.

Antes de llegar al puente empezó a arreciar un fuerte viento, cada vez más fuerte, hasta que fue difícil para las niñas mantenerse de pie.

—La fuerza no vence la fuerza: busca la calma y te harás fuerte—les dijo Arimatú con su habitual y sereno tono de voz.

Antú se dejó caer suavemente en el suelo y sus amigas la imitaron. Entre los silbidos

del viento pudo escuchar el Río Cristalino y percibió el olor a los eucaliptos que crecían en medio de coihues y pellines.

—¡Estamos cerca!—exclamó Antú emocionada. El viento se detuvo y las niñas se pusieron de pie.

—Las dificultades producen paciencia; y la paciencia, carácter—dijo Arimatú— fue solo un poco de viento puelche.

Y así Arimatú, Raz, Antú y sus amigas continuaron su camino de regreso hasta llegar a casa.

## 25. El hermano Francisco y el lobo

**H**ace muchísimos años atrás, en una ciudad muy lejana, vivía Francisco sin muchas preocupaciones. Su papá era un rico empresario que vendía telas y su mamá una elegante señora.

Su papá quería que fuera un gran empresario como él; sin embargo, Francisco decidió entrar al ejército. Partió a la guerra con su brillante armadura, pero fue capturado y hecho prisionero por más de un año. Estando en la cárcel enfermó gravemente y fue enviado de regreso a su hogar.

Con los cuidados de su madre se mejoró por completo. El largo tiempo que estuvo en la cárcel y en cama por su enfermedad le sirvieron para pensar y Francisco empezó a cambiar: se dio cuenta que Dios estuvo cuidándolo todo ese tiempo. Buscó la voluntad de Dios en su interior, en las virtudes, entre los enfermos, en la naturaleza. Entonces

Francisco empezó a ver el mundo con otros ojos. Dejó de hacer las cosas que antes le gustaban porque no les encontraba sentido y sus amigos se daban cuenta de que había cambiado.

En ese proceso empezó a adquirir un cariño especial por la naturaleza, por la creación. Estaba redescubriendo el mundo. Llamaba hermanos al sol, a la luna, a las nubes y a la tierra.... ¡Y dicen que una vez hasta habló con unas golondrinas!

El tiempo pasó y en una ocasión, lejos ya de su casa y sus amigos, apareció un gran lobo en la ciudad que vivía atemorizando a todos los habitantes. Muchos valientes salían armados para acabar con él, pero nadie podía contra su gran fuerza y astucia. Un día, Francisco salió a enfrentársele sin nada más que su confianza en Dios. Y no tardó mucho en encontrarlo. La criatura se acercaba mostrándole los colmillos, pero Francisco no tenía miedo.

—¡Ven aquí hermano lobo! —le dijo Francisco.

Entonces, el canino cerró la boca y se echó mansamente a los pies de Francisco.

—Hermano lobo —continuó Francisco gentilmente, pero con





firmeza—: tú estás haciendo daño en la ciudad, causando grandísimos males, maltratando a las criaturas de Dios. Las personas te tienen miedo, pero yo quiero que se perdonen mutuamente.

La criatura ponía atención a lo que decía Francisco.

—Yo te prometo hacer que la gente de la ciudad te alimente para que no pases hambre, pero una vez que lo haya conseguido quiero, hermano lobo, que tú me prometas que no harás daño a ninguna persona ni a ningún animal. ¿Me lo prometes?

El lobo asentó con la cabeza y puso su pata delantera sobre la mano de Francisco en señal de aprobación.

Francisco llevó al ahora manso lobo a la ciudad y les contó su historia a los habitantes. Todos estaban asombrados por lo que veían y le daban gracias a Dios y a Francisco por lo que había pasado. El lobo siguió viviendo en la ciudad por muchos años, entrando mansamente a las casas y la gente lo alimentaba con gusto. Y se hicieron amigos para siempre.



## 26. La partida de Jaquim

Quedaban pocos días para la migración. Solsiré se sentía cada vez más grande y fuerte, como Raz. Además, aprendía mucho de Puka Oqe y de sus padres. Cuando no estaba practicando su vuelo, ella ayudaba a sus papás junto con sus hermanos a mantener el nido en buen estado. Estaba lista para ser una Viajera. Pero una mañana el sol no quiso salir. Las nubes no dejaban siquiera ver las montañas más cercanas y todo se veía más gris.

—Hoy no será un buen día —dijo Ayeka.

Apenas terminó de pronunciar esa frase vieron una golondrina volar apresuradamente al nido.



—¿Qué sucede?—preguntó Kazé con preocupación.

Al retomar el aire, la golondrina solamente pudo pronunciar un par de palabras: es Jaquim.

Ayeka voló rápidamente hacia la gruta donde vivían las golondrinas, mientras Kazé iba con la nidada un poco más atrás. Solsiré no entendía lo que pasaba. En realidad, ninguno de los cuatro Aprendices lo sabía.

Al llegar a la Gran Araucaria estaba todo en silencio. Rodó una lágrima en el rostro de Kazé que trató de ocultar, pero Lina y Solsiré se percataron de ella.

—Jaquim ya no está con nosotros—pronunció Kazé con la voz entrecortada y los cuatro quedaron helados.

Kazé voló lentamente hacia la entrada de la gruta y el resto lo siguió muy de cerca. Al entrar, vieron a miles de golondrinas, en silencio, sin apenas moverse. Eran como estatuas en las paredes rocosas de las que sobresalían gruesas e intrincadas raíces. La gruta era más profunda de lo que imaginaban. Al fondo, un pequeño riachuelo que se hacía notar por su sonido era todo lo que se alcanzaba a percibir.

Encontraron un lugar sobre una raíz que sobresalía y esperaron ahí, en silencio, unos minutos. Solsiré no sabía qué hacer o qué pensar. Sentía un gran cariño por la líder de la Bandada. Empezó a llorar y Lina la abrazó cálidamente. Solsiré se sintió mejor.

De pronto, se escuchó un suave y melancólico trinar al fondo de la gruta. Era Ayeka, despidiéndose de Jaquim. Su melodía volvió a llenar de lágrimas los ojos de Solsiré. Al terminar su trino, un haz de luz entró por la entrada de la gruta iluminando la escena.

Ayeka salió de la cueva hacia la Gran Araucaria y unas cuantas golondrinas la siguieron. Kazé salió con la nidada unos momentos después y antes de llegar a la Gran Araucaria le pidió a Lina que cuidara a sus hermanos.

—¿Te puedo acompañar?—le preguntó Solsiré a su padre. Kazé accedió, pero le pidió que guardara silencio mientras los adultos tomaban decisiones.

The background is a vibrant green with dark green, stylized pine branches and needles. Six birds are depicted: one at the top center with a white breast and a dark beak, looking forward; one to its left, facing right; one to its right, facing left; one at the bottom left, facing right; one at the bottom center, facing right; and one at the bottom right, facing left. The birds have blue bodies and white chests. The text '27. ¿Una nueva líder de la Bandada?' is written in a yellow, cursive font on the right side of the page.

27. ¿Una nueva líder de la Bandada?

Llegaron Kazé y Solsiré a donde estaba Ayeka con el resto. La reunión ya había comenzado.

—Debemos llevar el cuerpo de Jaquim a un lugar donde descanse llena de paz — dijo Ayeka.

—Opino que la dejemos en la gruta. Allí vivió cada vez que migrábamos a los bosques del sur.

—Yo creo que el Río Cristalino es mejor opción.

—No, mejor a los pies de la Gran Araucaria.

—Yo tengo una sugerencia —dijo Ayeka y todos guardaron silencio— llevaremos su cuerpo a la cumbre más alta, lo más cerca del cielo. Dentro de unos días la bandada pasará volando por ahí. Jaquim siempre repetía las palabras de un viejo amigo suyo: “cuando abandones esta tierra, no podrás llevarte contigo nada de lo que has recibido, sólo lo que has dado”. Nada llenaría más de orgullo y alegría a Jaquim que vernos juntas volando

con fuerza más alto y más lejos. Sería nuestro mejor regalo de despedida.

Todos estuvieron de acuerdo con esa idea. Jaquim se dedicó toda su vida a sus tareas como líder de la Bandada. Algunos empezaron a planear los detalles del Gran Vuelo y decidieron hacerlo como punta de flecha.

—Pero... ¿quién encabezará la bandada hacia la cumbre? —se preguntaron.

Los adultos allí presentes, todos con mucha experiencia en vuelos, empezaron a verse unos a otros. Después de unos minutos, los ojos se posaron sobre Ayeka. ¡No había mejor opción! Había mostrado mucha sabiduría, un gran corazón y tenía las capacidades necesarias. Todos empezaron a corear su nombre en señal de aprobación de la decisión que se acababa de tomar.

Solsiré contemplaba lo que pasaba con una sensación agridulce. Por un lado, estaba triste por la muerte de Jaquim, pero a la vez estaba orgullosa porque su mamá iba a ser la siguiente líder de la Bandada. Además, se dio cuenta que algún día ella también podría tomar una responsabilidad así.

Al terminar el día regresaron al nido. Lina se sentía agotada, Manú un poco enojado y Peti Peti estaba llena de frustración, pero Solsiré estaba simplemente triste.

—Sé que tienen muchas emociones dando vueltas en su interior— dijo Kazé—. Yo me siento igual.

Ayeka les contó algunas de las historias que había vivido con Jaquim. Eran buenas amigas y Ayeka nunca la olvidaría. Después de escuchar tantas historias, Solsiré y sus hermanos durmieron más tranquilos. Cayó la noche con un cielo estrellado.

—Buenos vuelos y excelentes viajes, Jaquim.

# 28. La Fiesta de la Cosecha

Llegó el día de la Fiesta de la Cosecha. Antú corrió a la cabaña de la sabia del pueblo para darle la noticia y ver a sus pequeñas amigas. Al llegar, vio a Arimatú un poco triste y le preguntó qué le pasaba.

—Acabo de despedir a una amiga muy querida.

Antú se puso un poco triste. Quería mucho a Arimatú y no la gustaba verla triste.

—Hoy es la Fiesta de la Cosecha. ¿Estás feliz? —le preguntó Arimatú para olvidar la tristeza.

A Antú le regresó la alegría al cuerpo. Se había preparado todo el año para ese día. Recolectó semillas y hojas de distintos colores que su mamá bordó en un vestido. Ensayó por semanas con sus amigas los bailes que harían. Era la celebración más

importante del pueblo, donde darían gracias por los frutos recolectados ese año.

Su padre, Newén, era el encargado del evento. Estaba un poco nervioso por la organización y muy cansado por la cosecha, pero Kuyén lo apoyaba en todo.

Antú se encontró con sus amigas en el Nido que ya se estaban preparando. Adkalén tenía un vestido morado decorado con las flores de lavanda que había cultivado y secado. Inka se puso una falda azul oscuro con muchas piedras brillantes que había confeccionado con la ayuda de Arimatú. La música empezaba desde temprano, así que aprovecharon cada momento para bailar.





Arimatú fue al establo a buscar un caballo para la ceremonia, Newén la acompañó. El padre de Antú los ordenó del más grande al más pequeño. Raz estaba en la línea, casi al final, porque a pesar de su buen estado físico era más joven que muchos. Arimatú pasaba frente a uno, se detenía un momento, y pasaba al siguiente, mientras Newén la veía con desconcierto.

—No mires su apariencia ni lo alto de su estatura —dijo la sabia— mira el corazón.

Arimatú eligió a Raz. Newén la cargó con unos canastos llenos de frutos para la ceremonia.

Arimatú fue al centro del pueblo con Raz a su lado.

Al llegar, se detuvo la música y Arimatú empezó con una voz muy fuerte a hablarles a todos.

—Gracias por la cosecha de este año. Gracias a ustedes por su trabajo y gracias a la tierra por sus frutos.

Luego empezó a repartir damascos, duraznos, frambuesas, maquis, moras, grosellas y muchos otros frutos de los canastos de Raz mientras la música tocaba. Las madres de las niñas habían hecho postres con las frutas de la cosecha. El favorito de todas era el kuchen de frutos rojos de la mamá de Adkalén.

La celebración continuó hasta que cayó la noche.

Llegado el momento de la clausura, Arimatú se paró en el centro del escenario que Newén había construido. Kuyén lo decoró lleno de luces y colores, y una enorme luna blanca acompañada de

estrellas en el cielo era el telón perfecto para la celebración.

—Hay un tiempo para plantar y un tiempo para cosechar. Es tiempo de prepararnos para la siguiente siembra. Preparen sus tierras porque el que siembra escasamente, escasamente cosechará y el que siembra en abundancia, en abundancia cosechará —dijo Arimatú.

De repente, las estrellas empezaron a caer como lluvia sobre todos. ¡Eran luciérnagas!

—¡Pero la temporada de luciérnagas ya terminó!  
—exclamó la mamá de Adkalén— ¿qué estará pasando con la naturaleza hoy en día?

Las niñas se asombraron de lo que veían y rieron entre ellas.

Arimatú se retiró a su cabaña mientras la música y las luces continuaban. Pero antes de partir, se les acercó a las niñas.

—Dar gracias por los frutos del año es importante. Pero la Fiesta de la Cosecha es también una



oportunidad para volver a empezar. Este ciclo se cerró, pero da paso al que viene. Hay que recordar las cosas buenas y guardarlas en el corazón, practicar lo aprendido, disfrutar lo vivido pero, sobre todo, es tiempo de pedir perdón y perdonar. El perdón restaura la amistad.

Todos disfrutaron la celebración. Newén, al terminar la noche, le agradeció a su esposa y se fueron a dormir tranquilos después de un gran día.

# 29. Adiós amigas voladoras





Una mañana como cualquier otra, Antú se dirigió a la cabaña de Arimatú para visitar a sus amigas voladoras, pero cuando llegó vio el nido vacío. La sabia del pueblo la estaba esperando junto a Adkalén e Inka.

—El verano está llegando a su fin. El sol ya no hace su camino en lo más alto del cielo —les dijo Arimatú—. Hoy es un gran día, vengan conmigo.

Las niñas salieron del pueblo con Arimatú y caminaron hasta llegar a la Gran Araucaria junto a la gruta. Estaban un poco cansadas después del recorrido y no sabían qué esperar. Aguardaron un rato, pero estaban desconcertadas y se empezaron a impacientar.

—La paciencia es un árbol de raíz amarga, pero de frutos muy dulces —dijo Arimatú.

La sabia del pueblo les dijo que vieran al fondo y de pronto comenzaron a aparecer muchas aves volando muy cerca de las paredes de la cueva formando una enorme espiral hacia el exterior de la gruta.

—¡Son golondrinas! —gritó Antú cuando notó la cola ahorquillada de las primeras en salir.

—La migración comenzó —dijo Arimatú.

Antú estaba muy emocionada por lo que estaba pasando, pero se entristeció ya que no sabía cuándo volvería a ver a su amiga voladora.

—Ella se irá de aquí junto al resto de la bandada a buscar tierras más cálidas. Estarán lejos mientras dure el invierno, nada más... Ya verán cómo regresan el próximo año, anunciando una vez más la llegada de la primavera —les dijo la sabia a las niñas, mientras las miles de golondrinas seguían saliendo de la gruta. Antú quedó asombrada por las palabras de Arimatú. Fue como si hubiera escuchado sus pensamientos

—¡Quizás mi amiga voladora sea la siguiente Golondrina Bienvenida! —

exclamó alegremente, mientras la tristeza se desvanecía.

Cada vez que salía un grupo de golondrinas formaban una singular flecha hacia el sol, como atravesando el cielo. Antú, con los ojos vidriosos, levantó los dedos índice y medio de su mano derecha formando una horquilla, esperando que Solsiré pudiera verla.

—Buenos vuelos y excelentes viajes, amiga voladora—dijo Antú mientras rodaba una lágrima por su mejilla. Pero no era de tristeza, sino de alegría.



Inka y Adkalén se despidieron de la misma forma de las golondrinas. Y en ese momento convirtieron ese gesto en su saludo especial.

Las niñas se quedaron allí hasta que la última golondrina dejó de verse en el cielo. Y después regresaron a casa.

—Las golondrinas siempre regresan a su nido. Vuelven más fuertes y sabias después de un largo viaje. Nuestro trabajo es hacer que al volver se sientan en casa, cuidando la naturaleza, nuestro hogar. Yo sé que están

tristes por la despedida, pero sé que en su corazón se llevan un pedacito de ustedes, así como ustedes guardan un lugar en su corazón para ellas—les dijo Arimatú en el camino de regreso a casa.

Entonces Antú le agradeció en silencio a su pequeña amiga voladora por todas las aventuras que vivieron en este tiempo, esperando que el viento llevara sus pensamientos hasta donde ella pudiera escucharlos... Y Arimatú sonrió.



## 30. El gran final ¿o un nuevo comienzo?



Antú, Inka y Adkalén siguieron con su vida normal, aunque continuaban reuniéndose en la cabaña de Arimatú. Observaban con nostalgia el tallado de madera que Kuyén había hecho y leían las aventuras en su Libro de Viajes de la Bandada.

En ocasiones Antú dejaba trigo en el suelo pensando que su amiga bajaría a comer, pero luego recordaba que ya no estaba. A veces, las tres se asomaban por la ventana, esperando ver a alguna golondrina llegar al nido.

Ya nada era igual. Veían todo con ojos diferentes. En sus paseos por el bosque admiraban todo lo que hacían los zorros culpeos con creatividad y apreciaban la fuerza y gracia de los caballos para hacer su trabajo. Recordaban con especial cariño las historias de Arimatú:

la valentía de Sinchi que le permitió ser ella misma, la bondad de Cotí para pensar y ayudar siempre a los demás, a Azurina y cuánto cuidaba a sus amigos y familia, y claro, Francisco y su especial relación con la naturaleza. Pero lo más importante, continuaron viviendo bajo la Ley de la Bandada como lo prometieron aquel día en el bosque, dejando el mundo mejor que como lo encontraron.

Así continuó corriendo el tiempo hasta que un día, a comienzos de septiembre, mientras Antú paseaba, algo llamó su atención: una pequeña ave con el plumaje del mismo color de su cabello pasó volando cerca de ella.







*Dios creó a todas las criaturas con amor y bondad,  
grandes, pequeñas, con forma humana o animal,  
todos son hijos del Padre y fue tan perfecto en su creación  
que dio a cada uno su propio entorno  
y a sus animales un hogar lleno de arroyos,  
árboles y prados hermosos como el propio paraíso.*

*Francisco de Asís*

